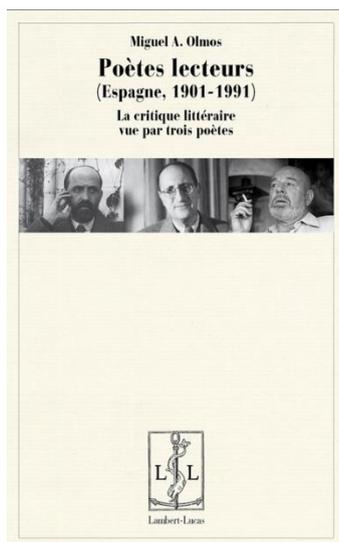


Miguel A. OLMOS, *Poètes lecteurs (Espagne, 1901-1991). La critique littéraire vue par trois poètes*.  
Limoges, Lambert-Lucas, 2013, 430 pp.



No figuran en la portada de la magnífica monografía del profesor Miguel Olmos, actualmente catedrático de Literatura Española en la Universidad de Rouen (Francia), los nombres de los poetas que ha seleccionado para su estudio: Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén y Jaime Gil de Biedma. Desde luego, configuran un *corpus* que el título describe con acierto: son poetas lectores, pero con el mismo acierto se puede afirmar que son poetas que ejercieron la crítica en diferentes etapas de su carrera literaria. Además, Jiménez y Guillén encajan en otra categoría, la de los poetas profesores, que describe mejor al segundo, porque tuvo una larga carrera académica tanto en España como en los EUA, mientras que el primero ejerció la docencia solo durante la época final de su vida en el exilio. El paréntesis precisa para el lector francés que se estudia un período de la

literatura española comprendido entre bien escogidas cifras: 1901 y 1991, casi un siglo. El subtítulo concreta todavía más: el objeto de estudio es la idea y la práctica de la crítica literaria de los tres poetas. No hace falta justificar la elección de estos tres poetas como *corpus*, aun reconociendo que pudiera parecer arbitraria (p. 22), pues con igual derecho podrían figurar Luis Cernuda o José Angel Valente, por no mencionar a Antonio Machado; con la mención de la «angustia de las influencias», de H. Bloom, sutilmente el profesor Olmos demuestra saber que las relaciones personales y literarias entre los tres escogidos no solo fueron de legítima rivalidad literaria, sino de clara antipatía personal entre Jiménez y Guillén, o que Gil de Biedma desdeñó la poesía de Jiménez e interpretó a Guillén de una manera que a este no le acababa de convencer (p. 295, n. 19).

El profesor Olmos ha escogido para su libro un título discreto aunque su objetivo sea en realidad muy ambicioso, pues pretende ser nada menos que una aportación a la historia en construcción de la crítica literaria española, a la que ha contribuido decisivamente el impresionante volumen sobre *Las ideas literarias (1214-2010)*, coordinado por J. M.<sup>a</sup> Pozuelo (2012). Aunque poco se había publicado sobre la historia de la crítica literaria española antes de esa síntesis, tiene razón el profesor Olmos al quejarse de que en los trabajos de conjunto no se suele prestar la debida atención a la obra crítica de los poetas, quizá porque se la considera menor en relación con su producción poética, o por entenderla, en todo caso, como supeditada a ésta. Ambas consideraciones son plausibles, pero no son obstáculo para reivindicar un lugar para la obra crítica de estos tres poetas en el debate sobre las ideas literarias

en la poesía española del siglo XX: cada uno es, si no crucial, significativo o representativo de un momento histórico. Jiménez destaca en las primeras décadas del siglo, Guillén es una figura notoria en los años veinte y treinta (ambos prosiguen su carrera hasta mucho más tarde) y Gil de Biedma lo es en los setenta y ochenta. Se observa, sin embargo, un desequilibrio en el reparto de páginas entre los capítulos dedicados a cada uno de los poetas; el de Jorge Guillén es el más breve, con sesenta y ocho páginas de texto, seguido por el de Jaime Gil de Biedma, con setenta y nueve, superado con creces por el de Juan Ramón Jiménez, que alcanza las ciento trece. No parece que la diferencia se deba a la mayor enjundia de la obra crítica de este último, que quizá sea, en realidad, la menos destacada, sino al gran esfuerzo por controlar una obra lírica oceánica, que el autor describe con rigor no exento de entusiasmo y que se esfuerza por relacionar con una crítica que no deja de ser de circunstancias. Es probable que en cuanto a la vigencia tanto de obra lírica como crítica, el orden fuera el inverso de la presentación, siendo Jaime Gil de Biedma el que, hoy por hoy, recaba más atención.

Como si la empresa no fuera lo bastante ambiciosa, ni los autores escogidos tuvieran tanto fuste, el profesor Olmos se propone analizar mediante su selecta muestra la producción de sentido y los procesos de interpretación en la crítica literaria española en el siglo XX, es decir, pretende que su investigación adquiera un valor general. Justifica, en primer lugar, la elección del sintagma «poetas lectores» entre las opciones posibles (pp. 19-20), para enfrentarse acto seguido con un tema de suma complejidad como el de «poesía intelectual», marbete que en un momento u otro se ha aplicado a estos poetas, cuya genealogía remonta hasta una famosa observación de Mallarmé al pintor Degas (p. 17); una expresión que arrastra, además, la oposición entre lo intelectual y lo emotivo o sentimental, en la que lo intelectual no recibe la mejor valoración. Se persigue que el estudio ofrezca en una imagen global de las tendencias específicas de cada autor y al mismo tiempo las huellas de un proceso histórico cual es la interiorización de la escritura en tanto que factor decisivo en la evolución de la literatura contemporánea (p. 22). Un eje temático lo constituye, en efecto, el cuidadoso examen de las relaciones entre lo oral y lo escrito, la economía del lenguaje oral y la economía del lenguaje escrito y las tecnologías gráficas, que se sustentan en la frecuente referencia a P. Zumthor, W. J. Ong y a H. Meschonnic. Con estos instrumentos, se analizan con eficacia las relaciones cambiantes entre la oralidad y la escritura en la literatura contemporánea en general y en particular en la poesía de los tres autores, destacando su preocupación creciente por los aspectos gráficos, tipográficos, de sus poemas y libros, así como por el papel del lenguaje hablado en la dicción respectiva; baste mencionar al respecto el cambio en el lenguaje poético que, teorizado por J. M. Castellet, introdujo Gil de Biedma en el gris panorama poético de la posguerra española. Si a la extensa y documentada exposición de ese eje temático dedica el profesor Olmos el segundo capítulo de la primera parte de su libro (pp. 47-64), en el primero ofrece una densa y detallada exposición de la problemática hermenéutica, alrededor de la que giran un buen número de temas de importancia (por ejemplo, el canon) sobre los que el autor desea tomar posición, para culminar en unas breves y acertadas observaciones sobre la crítica literaria española y su historia en el marco de la historia de la literatura (pp. 43-46).

Dado que resultaría prolijo glosar uno por uno los capítulos dedicados a los poetas seleccionados, me limitaré a destacar algunos rasgos comunes. Más allá del tópico que concede autoridad para hablar de poesía única y exclusivamente a un poeta, cabe decir que la crítica de estos poetas realiza distintos cometidos. Si, en primer lugar, es una obra crítica más a menos homologable académicamente, también es una toma de posición ante la situación literaria de su época, polemizando cuando es el caso con maestros o competidores, sin dejar de ser un recurso para explicar o justificar la propia obra lírica, de la que suelen proporcionarse claves de interpretación, cuando no se convierte en pura literatura. No intenta el profesor Olmos estudiar toda la obra crítica de cada uno de los poetas, así que, con gran acierto, escoge textos representativos procurando siempre destacar las relaciones entre estos, el resto de la obra y su poesía; de Jiménez escoge tres conferencias tardías, pero recurre con frecuencia a sus acerados retratos literarios o a las notas de sus cursos sobre el Modernismo (1953); de Guillén escoge ocuparse con preferencia de *Lenguaje y poesía* (1962), pero aprovecha toda la obra académica del poeta además de un texto tan importante respecto a su poesía como *El argumento de la obra* (1961); la colección *El pie de la letra* (1981) recoge la mayor parte de la obra crítica de Gil de Biedma, de la que destacan, como no podía ser de otro modo, la monografía sobre *Cántico* (1960) y los artículos sobre Cernuda, sin descuidar nunca ni las conversaciones ni otros textos críticos, ni, sobre todo, su magnífico *Retrato del artista en 1956* (1991), cuyo texto íntegro se ha publicado hace poco (2015).

En términos generales, un texto crítico, partiendo de una lectura, ofrece una descripción del autor o texto escogido, lo interpreta y a veces proporciona una valoración más o menos explícita. El profesor Olmos dedica gran parte de su atención al sentido y a la interpretación, en efecto, pero en modo alguno olvida ni la descripción ni la valoración. Puesto que no es posible dar una descripción de un autor o un texto sin disponer de un vocabulario apropiado, el análisis destaca los términos que configuran el repertorio de cada uno de los autores escogidos y consigue conectarlo, en círculos concéntricos, con la obra lírica respectiva, con el campo poético español y, si procede, con el campo poético internacional. Tiene razón el profesor Olmos cuando destaca la inconsistencia o ambigüedad de muchos términos, el sentido particular, incluso tendencioso de unos, la caducidad de otros, la oportunidad de los menos. Jiménez se dota de un vocabulario descriptivo personal cuya amalgama de términos técnicos, conceptos filosóficos, motivos poéticos y palabras de su corriente que poco tiene que ver con el discurso académico tradicional (p. 85), un conjunto dispar de términos que aspira, sin embargo, a articular las diferentes «emanaciones poéticas» en una historia global de la literatura española y, sobre todo, a justificar una valoración, una clasificación (p. 91); son términos como «forma», «gracia», «color» (que abre la puerta a lecturas impresionistas), «acento», «gracia» o «irrealismo» (opuesto a «realismo»), además de la oposición fundamental entre poesía y literatura (pp. 92 y ss.). Más convencional es el vocabulario de Guillén seguramente debido a su formación académica, aunque convenga destacar esta propuesta: «No partamos de “poesía”, término indefinible. Digamos “poema” como diríamos “cuadro”, “estatua”» (p. 189); en efecto, el objeto de estudio de Guillén no será el lenguaje poético sino el lenguaje del «poema» o, mejor, de los poemas, de cada poema (p. 190), que, en *Lenguaje y poesía* lee aplicando las convenciones de la *close reading*

norteamericana (p. 184, n. 3). Tampoco cabe esperar de Gil de Biedma un vocabulario técnico sistemático, cuando sus textos no son otra cosa que «notas inteligentes de un lector sutil y apasionado», cuyo prestigio ha hecho posible que nociones como «simulacro», «experiencia» o «tono» hayan empezado a circular en el discurso crítico a pesar de su imprecisión (p. 258).

En el plano histórico, desde la perspectiva actual llega a producir asombro la preocupación de Jiménez por la «poesía desnuda» (pp. 133 y ss.) o la de Guillén por la pureza de la poesía, que representan Góngora, o su atención al debate sobre la poesía pura importado de Francia y tomado en serio en los años veinte y primeros treinta (pp. 232 y ss.); no comparte esa preocupación Gil de Biedma, pero sí la del realismo, que, en modos distintos, exige a los tres poetas una toma de posición u otra en fases distintas de su trayectoria. Precisamente la ocasión de unas conferencias obliga a Jiménez y le facilita a Guillén revisar la historia de la poesía española (y europea). Jiménez considera que de Baudelaire y del simbolismo francés surge la poesía contemporánea, que en uno de sus textos denomina «El siglo modernista» (pp. 146-151); de esa época destaca a Poe, Mallarmé y Eliot en el panorama internacional y, en la poesía española, el *modernismo*, al colombiano J. A. Silva y la universalidad de Unamuno. En *Lenguaje y poesía* Guillén recorre la historia de la poesía española en un texto de divulgación pero de base académica, un trayecto del que el profesor Olmos destaca sobre todo las páginas dedicadas a Góngora (pp. 192-201), sin menoscabo de las dedicadas a Bécquer (tan importante para Jiménez, por cierto) o Juan de la Cruz (pp. 209-216, 220-223) o, por supuesto, aquellas en que trata de su generación (pp. 185-187 entre otras). Biedma se enfrenta con la tradición de manera más ocasional, menos sistemática, repartiendo su interés y poeta entre la poesía medieval, Espronceda y Cernuda; además, es justo reconocer que su atenta lectura de la poesía de Guillén explica casi más que la poesía de este, la suya propia; en otro sentido, comparte con Cernuda la frecuentación de la poesía en lengua inglesa, en particular de lo que en un memorable libro Robert Langbaum designó como *poetry of experience* (1957), una concepción dramática de la poesía que forma parte tanto de la tradición literaria caracterizada por el empleo del «monólogo dramático») como de la tradición teórica de la crítica angloamericana, en particular el *New Criticism*.

A pesar de la pálida representación que esta exposición ha dado de *Poètes lecteurs*, llegados a este punto no puede quedar ninguna duda de que el libro del profesor Olmos es importante, muy importante, de consulta obligada para especialistas en los tres poetas escogidos, respecto a cuya obra lírica y crítica ofrece un cúmulo de interpretaciones valiosas poniendo en relación hábilmente una con otra y con la escena literaria del momento; también merece atención por parte de los estudiosos de las ideas literarias en España en el siglo XX, puesto que no solo resalta la importancia de las interpretaciones y valoraciones de estos poetas sino que pone de relieve su influencia en momentos cruciales de la evolución del campo literario; es de interés, en fin, para los interesados en el estudio de la actividad crítica (de la teoría, al fin y al cabo), de sus formas de expresión, de sus operaciones, de sus éxitos y errores. Aunque sea accesible en francés para los especialistas citados, una traducción española le proporcionaría la posibilidad de llegar a un público todavía más amplio. Si llegara la traducción, como sería de desear, sería necesario conservar unas utilísimas conclusiones que trenzan

con precisión y finura los abundantes hilos argumentales de los tres estudios monográficos (pp. 335-357), así como los muy útiles índices de nombres y conceptos de los que las publicaciones españolas suelen prescindir y que, sin embargo, tanto facilitan la consulta de un libro como este, denso, sugestivo, riguroso y lleno de entusiasmo por la obra de los tres grandes poetas.

Enric SULLÀ  
Universitat Autònoma de Barcelona

TROPELÍAS